

E. MIRET MAGDA LENA

Si miramos atrás, y buscamos a través de la historia, pocas épocas encontraremos en que la Iglesia católica-romana haya sido objeto de mayores críticas que la actual.

Basta recordar que el propio Santo Tomás de Aquino —el gran mentor del catolicismo seguro y tradicional— no dedicó ningún tratado especial a hablar de la Iglesia cuando publicó su obra teológica cumbre, la Suma Teológica.

La Iglesia, como institución humana y a pesar de su poder creciente, no era objeto de esa inflación estructural que se produjo desde el siglo XVI para acá. A mí me parece que desorientamos mucho las cosas cuando hacemos al pobre Emperador Constantino —un político hábil, que se aprovechó de la Iglesia como hicieron después otros muchos— culpable único del cambio que la institución eclesiástica dio a partir del siglo IV. Es verdad que adquirió ya muchas costumbres de los señores poderosos de su tiempo, de los prefectos que dirigían la política romana en el vasto mundo que ella dominaba. Pero seamos más serios históricamente, y no proyectemos sobre aquella época lo que ha sido característica de otros tiempos mucho más alejados.

Hasta el siglo XV no surge un verdadero tratado teológico sobre la Iglesia. Un pariente de nuestro terrible Torquemada es el primero que lo estructura sistemáticamente. Y el Concilio de Trento es la asamblea que le da más fuerte espaldarazo. Desde entonces, el centralismo vaticano se va realizando más y más. Es por aquel tiempo cuando la Iglesia se convierte en una empresa multinacional, al estilo de las que ahora conocemos. En cierta manera se adelanta a su tiempo, y constituye el primer ensayo moderno de estas poderosas organizaciones comerciales que llamamos empresas multinacionales.

Si, en vez de estar la teología en manos de clérigos sentados en sus antiguas poltronas de cuero, hubiesen analizado la Iglesia los especialistas en organización de empresas, hubiésemos aprendido mucho más los creyentes acerca de sus características. Pero no; hasta este año no se ha visto que dos importantes consultores en "management" se fijasen en la Iglesia católica y empezasen a denominarla así: "la mayor empresa multinacional del mundo entero". Son el consejero económico de la conocida firma inglesa, especialista en organización, McKinsey and Co., y John Humble, el director de la firma de "consulting" Urwick, Orr and Partners de Londres.

No habíamos caído bien en la cuenta de este punto de vista; pero ahora tendríamos que mirar sus problemas, sus características y su historia a través de esta nueva mirada que nos aclararía muchas cosas. Pero, ¡cuidado!: estudiando antes la estructura y funcionamiento de las empresas mul-

tinacionales para, en un trabajo de análisis comparativo, desvelar los entresijos de la estructura humana de la Iglesia y de sus instituciones religiosas (órdenes de religiosos, organismos centrales de la Santa Sede, comisiones de laicos católicos, etc...).

Sin embargo, ya podemos adelantar algunos detalles que se desprenden obviamente de una primera mirada. Estas empresas multinacionales funcionan bastante mal; y, sobre todo, la fuente de todas ellas, según John Humble, que dice: "En el corazón de la sociedad cristiana está la Iglesia, que en mi opinión no ha respondido a los conceptos del management, de servir a la sociedad más efectivamente".

Ha pasado con ella, como decía Giovanni Papini: una estructura —no sólo de la gran institución, sino de las órdenes religiosas y organismos eclesiásticos— que se dedica a hacer adeptos para engrosar principalmente su departamento administrativo, que sólo se dedica a controlar en sus archivos a los que van entrando; algo así como se hace con la pescadilla de nuestras comidas caseras, que se come su propia cola. Su primitiva organización artesanal, la que le dio Je-

curece demasiado lo que vino a predicar con la palabra y con el ejemplo su fundador.

Y así fue. A partir de entonces, obispos, clérigos y fieles, en número siempre creciente, se pecataron de lo que sólo unos pocos —considerados oficialmente como rebeldes heterodoxos— se habían dado cuenta hasta entonces. Y comenzó la crisis posconciliar.

En ella estamos ahora; pero el resultado está confuso a más no poder. Como dice el incisivo y rabelesiano dominico francés padre Bruckberger: "Después de diez años de reformas desordenadas y de experimentos atolondrados, la situación se ha complicado de tal modo que se ha llegado a un fiasco completo, como todo el mundo lo ve y le salta a los ojos". (R. L. Bruckberger, O. P. Lettre ouverte à Jésus-Christ.)

Los templos cada vez se vacían más; los curas ya no saben hablar de Dios, ni del pecado, ni del amor; los confesionarios están casi vacíos; el clero se seculariza y deja sus funciones sacerdotales; los religiosos y religiosas se lanzan a la vida seglar ensayando, como chicos con zapatos nuevos, las costumbres que creen ser propias de un laico; las vocaciones disminuyen hasta llegar, en ambos casos, a cero grados; los obispos cada vez saben menos cómo acertar a decir algo para que se les escuche o se les haga caso; los jóvenes abandonan la fe en las Iglesias; y los antiguos —los de siempre, a pesar de nuestro progresismo— parece a veces que nos tambaleamos, después de una casi cruenta lucha de facciones desencadenada entre integristas y progresistas. Así descubría esta situación un muchacho católico de veintidós años en el periódico Le Monde hace dos años, contando ingenuamente sus impresiones personales.

Yo, como creyente progresivo que soy, no estaría quizá de acuerdo con este tono apocalíptico de estos juicios. Pero no dejo de reconocer —desde la banda contraria a estas voces— el gran fondo de análisis sociológico verdadero que contienen tales exclamaciones. Como lo reconocen todos esos clérigos, frailes y laicos que están queriendo ponerse al día en medio de este caos sin norte, para hacerse de algún modo —que no está claro tampoco— un poco más eficaces. Porque es cierto que, salvo la mayor conciencia de la realidad que había antes (que no nos gusta) y de la actual (que tampoco nos agrada), no hemos sacado de todo ello gran cosa. Por eso tenemos que esforzarnos, sin recriminaciones ni enfrentamientos violentos, en aclarar las cosas, estudiándolas con mirada sin prejuicios, para ver qué debe quedar de todo esto —de lo antiguo y de lo actual— y qué debemos hacer para dar un norte (algún norte, porque ahora no lo tiene claro) a esta Iglesia en que nacimos y que muchos todavía deseamos que sea vehículo de fe y de vida, aunque no al modo inaceptable de antes ni al tan inmaduro de ahora. ■

LA IGLESIA EN EL BANQUILLO

sús en el Evangelio, ha ido creciendo; pero en vez de quedar en una federación vital y voluntaria de pequeños núcleos autónomos, como fue al comienzo, poco a poco se ha ido convirtiendo en una red complicada de centralizaciones burocráticas cada vez más rígidas. Se ha hecho una organización gigantesca que les ha producido a casi todos los gobernantes totalitarios de la historia, envidia o admiración.

Pero un día surgió, como resultado de un compromiso entre los electores de la cabeza que había de regir a este vasto organismo mundial, un Papa como Juan XXIII que, con su pícaro y bonachona mirada de campesino italiano, se fijó más en el Evangelio que en lo que estaba ante sus ojos. Y se dijo: si reúno a todos los cabezas de las Iglesias locales, y les pongo uno frente a otro para hablar del Evangelio y procurar aplicarlo sin prejuicios a los problemas de los hombres, hago una pacífica pero decisiva revolución haciendo saltar en añicos todo este complicado organismo humano, desarrollado en los siglos últimos y que os-